

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

CORDOBA

17

Río IV

Maestro HERMINIA ALGUIN DE AZULAY

Escuela N° 60

Fojas 7

OBSERVACIONES

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....





no. 60
Regular

Bulnes - D^{to} Rio IV.

Escuela Nacional n° 60

Herminia Quiñ de Azulay

Setiembre de 1921

Colaboracion al Folkllore Argentino

Un Beso Emocionante.

2

(Tradición Rio Cuartense.)

Setenta años atrás mas o menos, ocurrió en Rio Cuarto un hecho casi inverosímil, rigurosamente histórico, que voy a referir con el colorido de pinceladas ligeras razon por la cual no resultará muy artística, pero, pero allá va y que Dios Paraguede levantar de su tumba en forma un tanto simpática, la figura de un negro que en su tiempo hizo proezas en los campos de batalla, y que, después en su vida de civil tuvo un áncora del color de su piel, que lo obligó a herir y a ultimar con su puñal, a nuestros paraguayos.

Corrían los tiempos en que mandaba en Rio Cuarto el temible Coronel D. Pedro Oyarzábal. Han vivido aquí personas antiguas que le conocieron, y que afirman que cuando daba una orden cualquiera, había que cumplirla sin chistar, pues de lo contrario se iba la vida.

No habia en ese tiempo mas leyes ni mas codigos para orientar su conducta, que la voluntad poco menos que omnipotente de estos comandantes de campaña.

Hubo Oyazabal en un casa de adobe, con zaguán y techo de paja, situada frente a la plaza, al lado del correo actual, donde hoy esplenden las vitrinas de una casa de comercio.

En ese entonces Rio de Janeiro tendria alrededor de tres mil habitantes, y casi todas las viviendas era por el estilo de la de su ^{Coronel} casa.

Sin embargo empezaba la rudimentaria industria del ladrillo a tener auge. Los hornos se establecieron donde hoy florece el pueblo Almada y desde allí empezaron a traerse los ladrillos para erigir la parroquia, que en sus comienzos fue de una sola nave. Como no habia vehiculos que hiciesen el acarreo del material, se refiere que hombres, mujeres y niños, semejando caravanas de hormigas, desfilaban todos los dias a centenares

3

trayendo cada uno lo que podia, ese ladrillo primitivo era fuerte y grande, en peso y tamaño doble del actual. —

Vivia un negro en Rio Cuarto en esa época cuyo nombre voló en alas de la fama. Había sido soldado y de los buenos, de elevada estatura, fuerte como un roble. Vestía de chiripá, prenda muy usada en tales tiempos. Manejaba como arma el "naranjero" y el puñal, y se decía que jamás se había apoderado ni de una hebra de hilo ajeno. Tambien se aseguraba que cinco veces se le había sentado en el banquillo para fusilarse por sus crímenes, y que la Divina Providencia en las cinco ocasiones lo sacó sano y salvo del patíbulo. En mi presente leyenda histórica me preocuparé con alguna extensión de referir como escapó de ser fusilado la cuarta y quinta vez.

Se llamaba mi protagonista, Pedro Funes,

pero todo el mundo lo conocia por "el negro Funez".

Tratandolo era respetuoso y hablaba generalmente con el sombrero en la mano tocaba la guitarra que era un primor, y frecuentemente improvisaba con chispa e inspiraciones. Pero en los boliches de los que era asiduo parroquiano, le hacian a veces bromas los contertulios hasta enfurecerlo, y fue alli, en ese genero de tabernas donde comenzo su historia roja. Primero mató a uno; a los pocos meses en una especie de batalla campal que sostuvo, se ultimó a otros tres. Las comisiones empezaron a temerle porque se le sabia capaz de pelear contra diez, contra cincuenta; era un obre sin miedo!

Pero la autoridad conocia su secreto, un secreto asombroso sobre su fisiologia, por decir asi se sabia que una vez dormido, no habia forma de recordarlo mientras no dormia un cierto numero de horas en reposo; se decia que no habia

talvez en el mundo un caso igual.

Fue pues, así dormido, como se le tomó preso varias veces, despertando cuando tenía remachada una barra de grillos en sus plantas.

Del uso frecuente de tan infamante administración, llegó a caminar con los grillos que él levantaba un poco con la cuerda, casi con tanta facilidad como sin ellos.

Y esto le valió para salvar su vida cuando su "quinto fusilamiento" como se verá después.

Un día al darse las novedades al Coronel Oyarzábal, se le dijo que el negro Fúnez había muerto por el campo a dos hombres más.

Al instante mandó una comisión a prenderlo la que lo tomó, dormido por cierto, y como a las cinco de la tarde entraba la partida con el preso, alojándolo en la policía, que entonces era donde hoy la municipalidad.

En cuanto llegó, ordenó el Coronel Oyarzábal que fuese indefectiblemente fusilado al

otro día a las ocho de la mañana. Por eso a la referida hora del día de la ejecución ya estaba en la plaza de Peio Cuarto reunido el vecindario. El banquillo se puso en el centro de nuestro citado paseo, justamente donde se levanta la artística fuente que desde hace algunos lustros lo ornamentan.

Un sacerdote había brindado sus buenos oficios al valeroso negro, y cuando se le ordenó marchar hacia su calvario creyendo el buen fraile que el infeliz flaqueaba, le dijo que si gustaba que se apoyase en su brazo. "Si aun no estoy muerto," le contestó Funez, y con la agilidad que se le conocía se dirigió hacia el sitio funesto; muy luego llegó y tomó asiento en el banquillo. Los tiradores al mando de un oficial se ubicaron como a cinco metros del reo; miles de miradas se dirigían desde allí al zaguan de Oyarzábal, en el que se había visto al Coronel envuelto en una capa, estar observando el terrible espectáculo.

5
De repente Funez se dirige al Capitán de Tiradores con una petición, fueron así sus frases: "a un hombre en su último minuto se le concede siempre una gracia y yo pido la que me corresponde. Reclamamos una guitarra por unos momentos," Agregó el reo. El oficial dejó el reten al mando de su segundo, y fue a comunicar a Oyarzabal el suceso. Concedasela contestó este, pero muy luego fué a verlo nomás. Vuelto el Capitán a su sitio se ordenó traer una guitarra, la que estuvo en manos de Funez antes de cinco minutos, pues en esos años este armonioso instrumento existía en todas las casas. El negro la templó en seguida a la luz de aquel día, que era magnífico. Viose entonces que Oyarzabal atravesaba la calle y se aproximaba lentamente al sitio del del suplicio. El reo de pronto hizo oír una de sus piezas conmovedoras que en aquellas circunstancias parecía venir de regiones ultraterrenas. Leas multitudes de gilgueritos que a esa hora des-

granaban sus trinos pasados en las ramas
ya floridas de los árboles cercanos, enmudecie-
ron de pronto para oír las melodías que Funez
hacía brotar de las cuerdas. Luego cesó unos se-
gundos la música para empezar la improvisación,
y si la dulzura de la viola había enternecido hasta
el punto de hacer asomar el llanto a los ojos de
los hombres más fuertes, cuando aquel gaucho
de tanto corazón cantó, su voz argentina de
un modo realmente avasallador. Pero quan-
do hizo estallar en sollozos a todos los presentes
fue en el momento solemnisimo en que Funez
levantó su guitarra para darle el beso de despe-
dida a sus cuerdas.

Fue así su elegiaco florilegio:

Heis últimas flores.

Adios río, adios montaña.

Adios mi madre querida.

Hoy un giron de tu entraña

Se apronta a perder la vida.

Reis cuartenses, cuando herí
Bien saben que fui en razón:
Jamás al bueno ofendi
Madre de mi corazón.

Para el pendon adorado
Blanco y azul, Coronel.
Perseguí cuando soldado
Verde rama de Laurel.

Y nunca cuando civil
Me apoderé de lo ajeno
Fui delicado y no vil
Señores, este moreno.

Dulce guitarra querida
Que flores bajo el ramaje
Mei último beso en la vida
Lo he de dar en tu cordaje.

Y tu serás mi sostén
Cuando se apague mi voz ----
Coronel ---- a su retén.

Y a todas -- les digo: adiós. --

Terminado el canto recostó la guitarra contra su
flanco; con sus manos e inclinado un tanto se
apoyó en el cuello de la misina, digamos de
su lira, e imperturbable esperó oír la orden
de: ¡fuego!

Efectivamente se oyó la voz de
Dyarzabal que decía: Señor Capitán de
tiradores, proceda a sacar a Funes
los grillos y a llevarlos a su calabozo.....
Esto y decretar la libertad de los pro-
cesados al poco tiempo, era todo uno.
Así, pues, el negro Funes, muy luego
recuperó la suya. Pero no pasó mucho
tiempo sin que se despachase otro
gaucho en buena ó mala ley.

Capturado una vez mas, Dyarzabal
determinó de veras fusilarlo, y para tal

3
7
Sin lo envío a Córdoba engrillado y con una nota en la que pedía se le pegasen cuatro tiros al día siguiente y a la diana. Pero estando ya en el banquillo por quinta vez en ese preciso momento se sublevaron como descientos presos de la cárcel de Córdoba.

Todo lo atropellaron incluso al reten que debía fusilar al negro Funez, este tomó un sable y así engrillado se puso de parte de la autoridad, pues era el moreno, corsario de ladrones y asesinos. Debido a su intervención valerosa y desde un sitio de peligro en que se hubo contuso él solo a cuenta, propinando terribles sablazos a diestras y siniestras. Final de mi historia: a Funez una vez más se le condona la vida y viene a morir de muerte natural a una edad muy avanzada, bajo el cielo mismo

de sus terribles hazañas.

Herminia Aguirre de Szalay
Maestra de la Escuela Nacional n.º 60 de
Bulnes.